

De cómo la *Axiología* puede contribuir a una empresa responsable, a una gestión eficiente y a una economía sostenible¹

José Luis Fernández Fernández
Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial (ICADE)
Universidad Pontificia Comillas

1. Razón de ser, alcance y clave de lectura del capítulo

Este capítulo forma parte de un libro-homenaje a un maestro: don José María Méndez. Quien lo suscribe, lo hace desde una sincera admiración por su polifacética figura de pensador brillante en ámbitos tan específicos como resultan ser la *Lógica*, la *Axiología*, la *Economía*, la *Ciencia Política* o las *Matemáticas*. Y, aunque quien -bien nacido- redacta el texto, animado por la más profunda gratitud, puesto que gusta de paladear -a veces, con fruición- los bocados de sabiduría cuando los encuentra en alguno de los recodos -léase, de los libros- que el camino de la vida, le va ofreciendo; de sobra sabe él, sin embargo, que nunca habrá de estar el resultado de sus empeños a la altura de las expectativas y los deseos que quisiera ver satisfechos; máxime cuando coteja el resultado y lo compara con la calidad del homenajeado.

Por fortuna, para sobrellevar con cierta gallardía la circunstancia del siempre inevitable desajuste entre aquellas aspiraciones, más o menos fantásticas, -el *parturiunt montes*-; y las más que exiguas concreciones fácticas a que aquéllas habrán de acabar dando lugar -el *ridiculus mus*-; digo que, por suerte, para ponerle alguna cataplasma que temple el *ego*, ante tamaña discrepancia entre los sueños y la realidad, sale la Filosofía al quite y nos echa un capotillo, igual que hace san Fermín con los mozos en apuros, *calle de la Estafeta* abajo; y al modo como cuando en su momento la propia Filosofía hubo de habérselas para consolar de tristezas más graves al bueno de Anicio Manlio Torcuato Severino... Boecio, para los amigos.

El alivio, por lo demás, difícilmente podría encontrar mejores manos ni padrino más gallardo, puesto que, precisamente, nos lo aporta *un grande entre los grandes* -el maestro de Estagira-. Y dicho sea esto, sin perjuicio de que, en tal o cual aspecto -como no puede ser de otra manera-, uno pueda o deba discrepar de *El Filósofo*, en más o en menos; o se vea compelido a matizar o a cargar la suerte en asuntos distintos, ya por mor del enfoque, ya razón de los aspectos formales; o incluso por desacuerdos en materia de contenido.

¹ Capítulo publicado en: José Antonio Fernández Ajenjo (editor) (2021). *Los valores humanos de la España post Covid. Libro homenaje a Don José María Méndez*. Unión Editorial: Madrid. Pgs. 149-173.

En todo caso, lo cierto es que ya nos tiene dicho Aristóteles -en el Libro IX de la *Ética a Nicómaco*, para más señas- que *el valor de los que nos comunicaron la Filosofía no lo paga el oro porque ni siquiera se puede medir con dinero*. Ahora bien, siendo ello así, ¿cómo, entonces -llegado, como es, el caso-, les habríamos de tributar el honor que se merecen? Dice el viejo maestro que no se puede; que hay que olvidarse de que vayamos a ser capaces de encontrar un modo adecuado para corresponderles como sería de desear. Con todo, haciendo gala de aquella suerte de *posibilismo realista* que lo caracteriza, dice que *quizás nos baste*, como cuando se trata de los dioses o de los padres, con *tributarles el reconocimiento que nos sea posible*. Y en ello andamos.

Como se ve, entre lo máximo a lo que cabría aspirar -inalcanzable por definición-; y la nada, fruto de haber aceptado -con mayor o menor dosis de indolencia, y de manera más o menos complaciente y resignada- la imposibilidad casi metafísica de conseguir algo, cabe un espectro amplio y variado. *Entre el correr y el parar, está el andar; entre lo mucho y lo poco*, siempre se dijo, *hay un término medio...* Y no: no es que la virtud, en este caso, se encuentre ahí; pues, como es sabido, no cabe hablar de término medio con respecto a los extremos... Lo que hay, en su lugar, es conocerse uno a sí propio y asumir los propios límites, buscando trascenderlos y superarse en la medida de sus posibilidades.

En suma, de lo que se trataría sería de conformarse de buen grado a los límites de las cosas y -¡eso sí!- de empeñarse al propio tiempo para dar de sí, cada quien, lo más que pueda y esté en sus manos. Por fortuna, en este asunto, como en tantos otros, no hay ni por qué entrar por la vereda que lleva a una insatisfacción ansiosa, ni tampoco resulta obligatorio tener que transitar por la senda que aboca a cualquier variación del *Narciso herido*.

Para sortear estas versiones nuevas de la Escila y la Caribdis, resulta, con mucho, más prudente y ajustado a razón, poner todo el empeño que sea preciso desplegar para hacer las cosas lo mejor posible, tratando de avanzar con sistema y buen criterio. Y, una vez hecho lo posible, esperar a ver qué pasa: pudiera salir el sol por Antequera y acabar resultando, al final, un producto con algo más de *subjecto...* y calidad de lo esperable en un principio.

Dicho lo anterior, en aras de dar cuenta al amable lector de la razón de ser y del alcance de este escrito, quisiera complementar lo que va indicado, con una clave de lectura que favorezca una inteligencia más cumplida de lo que viene. Me referiré para ello, esencialmente, al tono que voy a adoptar en la redacción del capítulo.

Desde el punto de vista del género literario al que adscribirlo, debo declarar que pertenece al tipo de aquellos que buscan expresamente ser redactados sin mayores pretensiones academicistas, porque busca, precisamente, alejarse de los encorsetamientos y los afeites, de la pseudo erudición y de los múltiples y farragosos formalismos con que necesariamente han de ir revestidos los documentos que aspiran a ser presentados en sociedad, pongamos por caso, de la mano de alguna de las *revistas de alto impacto* -JCR-, que también entre el gremio de los filósofos está

avanzando el prurito de medir los quilates de un razonamiento o de una propuesta en cualquiera de los dominios del pensar -desde la *Ontología* a la *Teodicea* o, por caso, desde la *Gnoseología* a la *Estética*-, en función del número de citas que recibe el documento en cuestión... olvidando, con ello, la diferencia que existe entre correlaciones y causas; y desatendiendo la facilidad con que se llegan a producir razonamientos e inferencias ilegítimas desde el punto de vista argumentativo. En este caso, habría que prevenirse frente a una variante de la tan habitual *falacia del post hoc*. Cierto es que, aunque no llega a ser considerada como *la falacia más nefasta de la historia* -que para ese *premio* ya el P. Méndez ha encontrado ganador, en la que hace *tabula rasa* y no distingue entre la *condición necesaria* y la *condición suficiente* de la lluvia y el suelo mojado-; aunque la del *post hoc, ergo propter hoc* no revista la misma gravedad, tampoco ésta es de menor calado.

En todo caso, este capítulo lo voy a escribir en primera persona: no habrá en él ni citas ni referencias bibliográficas *ut sic*. Lo habré de dejar ayuno de *fussnoten* y horro de la larga lista de títulos que deben incluirse al final, cuando se trata de un género literario distinto. Con todo, el lector atento -sobre todo, si está al cabo de la calle o medianamente familiarizado con la *Historia del Pensamiento*- podrá reconocer, sin mayor esfuerzo, las aficiones y las querencias de quien suscribe: hasta aquí, por ejemplo, ya han hecho acto de presencia -además del propio P. Méndez- un clásico y un medieval de no pequeño fuste, Aristóteles, de una parte, y Boecio, de otra. Emergerán también algunas claves de racionalidad, fronteras con la Economía y la gestión de empresas y organizaciones en el cuerpo del texto, al hilo de la glosa que en él se haga respecto de las derivadas y prospectivas que quepa articular desde la situación de pandemia que estamos viviendo, cuando echamos la mirada al futuro, con ánimo de remontar la crisis.

Por lo demás, máxime, cuando quien leyere esté versado en *Axiología*, irá viendo desplegarse entre las líneas -de manera más evidente, en la parte de la *coda*, al final del capítulo-; digo que el iniciado en la *Filosofía del Valor* irá viendo cómo emergen intuiciones, ideas, puntos de vista, más o menos *literales*, de autores tales como Max Scheler, Nicolai Hartmann, Dietrich von Hildebrand, Risieri Frondizi y, naturalmente, José María Méndez.

Estos grandes axiólogos -cada uno en su estilo y todos ellos, geniales- *dan mucho que pensar*. Bienvenido, pues, sea su estímulo en estos tiempos de *Inteligencia Artificial*, de exorbitante número de datos y de algoritmos capaces de analizarlos; pero, correlativamente, tan escaso de una reflexión sistemática y profunda, que nos aporte siquiera sea una exigua porción de aquella sabiduría a la que ya aludí *supra*; y de la que tan necesitados estamos para seguir transitando por este mundo, construyendo una vida que merezca la pena ser vivida; y que esté a la altura de las posibilidades que, como humanidad, ante nosotros tenemos.

Unos -Scheler, Hartmann, Méndez- son más sistemáticos y otros -Frondizi, von Hildebrand-, más intuitivos; pero todos ellos resultan muy estimulantes. A mi entender, la propuesta en clave de *Axiología* de José María Méndez, supera a la de los

anteriores, sin que esto haya de entenderse, en absoluto, como fruto de la parcialidad; y sin que, por supuesto, ello haya de significar desdoro o minusvaloración alguna de la filosofía de los otros cuatro pensadores referidos.

Creo, sinceramente, que la propuesta de Méndez da robustez al estudio de los Valores; toda vez que ensaya con más que notable éxito una taxonomización bien ajustada -al combinar *fuerza* y *altura*, esto es, Hartmann con Scheler, en síntesis feliz-; y lleva a cabo una deducción sistemática y bien trabada de los diferentes niveles o ámbitos de Valor, fundamentando el edificio en los más sólidos cimientos de la *Lógica formal*.

Tal vez sea éste el matiz diferencial, que convierte la propuesta de Méndez en una vía robusta de acceso al ámbito axiológico. Y ello, tanto por lo que hace referencia al amplio espectro que ofrecen los distintos estratos del valor -Económicos, Éticos, Estéticos, Religiosos-; cuanto, sobre todo, en lo que afecta a las consideraciones concretas de los valores éticos.

Sin desdeñar la valía de mucho -y, con frecuencia, bueno- que se escribió en *Filosofía Moral* a lo largo de la *Historia del Pensamiento*, la propuesta de Méndez, tomándose en serio al Hume *despertador de sueños dogmáticos* -Kant *dixit*-, nos pone en la pista, no sólo de superar de una vez para siempre cualquier versión, más o menos sofisticada -o sofística-, de la *falacia naturalista*, sino que también aporta mimbres más que suficientes para abundar en muchas de las intuiciones y sugerencias que, formuladas con cierto tono exploratorio -al menos, algunas de ellas-, merecerían ser consideradas con mayor sistema. Hay, sin duda, un campo abonado para futuras líneas de investigación, tesis doctorales, incluidas.

Porque estoy convencido de que el marco-paradigma que Méndez nos ofrece amerita, sin duda alguna, ser tenido muy en cuenta; y, *creando escuela* -tal vez, con la *Asociación Estudios de Axiología*, como primer cimiento firme sobre el que levantarla-, encontrar, de una parte, continuidad de cara al futuro; y, de otra, prolongación en aplicaciones y alcances respecto a ciertos ámbitos cruciales y sensibles en los que, a lo que vemos, se está necesitando cada vez más de un pensamiento recio y bien fundado -la Economía, la Ética, la Política, la vida del Espíritu, con sus epifanías en el Arte, en el Misterio y en la Religión, por ejemplo-, que vaya más allá de las aproximaciones epidérmicas, tan al uso y tan del gusto de la *dictablada* de lo políticamente correcto.

Muchas de las intuiciones y propuestas que explícitamente formula Méndez; o que, en todo caso, cabría extraer al filo de su pensamiento, pueden tener muy saludable aplicación a la hora de comprender a fondo la realidad que nos toca vivir -pandemia, crisis económica, crisis política, crisis cultural y de valores, incluidas-, en la que nos desenvolvemos y donde somos.

En aquellas reflexiones *mendecianas*, quien busque con tino y constancia, habría de encontrar algo mejor que el oro: habría de dar con la sabiduría -*Sapientia, melior auro*, reza la divisa de la Universidad de Deusto, tomándola, naturalmente, de la Sagrada Escritura-. Pues estoy firmemente persuadido de que, partiendo de la obra de Méndez, cabría buscar aquel hilo de seda con el que la Ariadna de nuestro Espíritu, en esta hora

difícil, debiera de aprestarse a escapar de las garras del Minotauro de lo infrahumano, escondido y al acecho en el intrincado laberinto de una globalización digital, mediatizada, sin orden ni concierto; y al albur de múltiples intereses... *non semper sanctos*.

Los cinco filósofos de los valores a los que vengo refiriéndome y que, enumerados de corrido, parecieran la alineación de la delantera de cualquier equipo *galáctico* del fútbol europeo -Scheler, Hartmann, von Hildebrand, Frondizi y Méndez- han venido constituyendo para mí en los últimos años un verdadero y reconfortador manantial de agua limpia a la que ir -una vez y otra...; y otra más... que, como ocurría con la de *cuando entonces*, allá por la España de los años cuarenta del siglo XX, la sequía es *pertinaz*-; digo que les hube de pedir donde abrevar, por ver si saciaba en alguna medida la *sed de propósito y sentido* que no acaba de quietarse con la zarzaparrilla barata de un *pensar* -es un decir; y perdonada sea la manera de señalar, tomando el nombre del verbo un tanto en vano-, un pensar tan desubstanciado y pobre como el que nos inyectan en vena desde las redes sociales, a golpe de consigna y mantra barato... que, naturalmente, tiene siempre como contrapartida su aquél de *ideológico*. Dicho sea ello, por cierto, en el sentido *marxiano* del término.

O sea, que, aparte de anestesiar -y, a veces, entontecer- a aquél a quien se lo aplican, encubre -como con una suerte de manto o de velo que se echa por encima-, digo que encubre una realidad *mala* -despléguese el adjetivo como mejor proceda: ya sea pobre, injusta, insolidaria, indeseable, vana, huera, insostenible... pero, en todo caso, necesitada de transformación y cambio.

Pero -y aquí está el *busilis* del invento- por mala que sea la realidad de las cosas en cuestión, *la alquimia ideológica* la transmuta y la hace aparecer como un dechado de bondades. Eso sí, a los ojos de quienes -culpables a veces y otras no tanto; pero, con frecuencia, contentos con el bonito collar que lucen en el pescuezo-; digo que hace aparecer una realidad objetivamente vitanda, como si se tratara de la flor de la maravilla, a los ojos de quienes no saben o no quieren tratar de ir al fondo de las cosas -a la *infraestructura*- de la que todo mana.

Con aquel abdicar, con aquella *culpable minoría de edad* que desiste de atreverse a pensar por cuenta propia -el aguerrido *Sapere aude!*-, con aquella complacida pusilanimidad intelectual, como no podría ser de otra manera -y a quienes les beneficia lo saben y lo refuerzan-, se mantiene el *statu quo*; se perpetúa *el más de lo mismo*; se sigue abusando del inane recurso al *caeteris paribus*; continúa siendo legitimador de falta de voluntad innovadora el apelar al *rebus sic stantibus*, cuando no a la consignilla -más por lo castizo- de que *esto son lentejas...*, de que *las habas están contadas*; y, en el colmo del virtuosismo, en la formulación de una tautología transmutada en el embuste del supuestamente inapelable: “¡esto es lo que hay!”

Porque -no cabe llamarse a engaño-, como va insinuado en el párrafo anterior, el mantenimiento de las cosas tal como están, nunca deja de ser un objetivo interesado, por más que uno, ingenuamente, vendría a estar tentado a suponer lo contrario. Nada,

sin embargo, más alejado de la realidad de las cosas. Si no, no habría de resultar tan curioso comprobar cómo parece que siempre acaban confabulándose los astros para que cualquier proceso social político, cultural, económico...- termine orientándose *ad maiorem gloriam* de los poderosos; de los que marcan los tiempos, dictan las consignas, reparten prebendas, expiden certificados de *bienpensancia* y, sobre todo, dan las órdenes -“¡fue-gó!- en cada contexto y en todo preciso cuarto de luna.

2. Treinta tesis para un punto de partida realista

La irrupción del Coronavirus en nuestras vidas y la necesidad de luchar contra él, representa, a no dudarlo, una situación crítica. Y, como en toda crisis, nos las tenemos que ver con riesgos de los que cubrirnos; con amenazas de las que deshacernos; y con peligros que conjurar. Ahora bien, junto a ese formidable *debe*, tampoco se debiera menospreciar, en el *haber*, lo que de reto y oportunidad trae consigo la circunstancia.

No se olvide que crisis las hay de muchos tipos y que, entre ellas, se ubican también las de crecimiento. Si andamos finos y con la suficiente lucidez; si estamos dispuestos a hacer de la necesidad virtud, es seguro que, primero y más importante, evitemos que una situación como la que estamos padeciendo, innegablemente crítica, se torne en desesperada. Y, en segundo término, podríamos haber vivido un proceso del que, muy seguramente, saldríamos reforzados como sociedad en muchos aspectos. En nuestras manos está la solución. Para ello, como se dice -y por difícil que pueda resultar, máxime, cuando consideramos la talla personal, profesional y ética de los que debieran encargarse de velar por el Bien Común y cuidar de la comunidad política-; digo que para ello es necesario conducirse con sensatez, de manera coordinada y de forma responsable.

Partiendo de ciertas constataciones que me han ido quedando patentes a lo largo de los largos meses en los que tuvimos que vivir confinados, comparto con el amable lector las siguientes tesis, en torno a las cuales cabrá hacer algún tipo de propuesta doble. De un lado, algunas de radio más corto, conectadas con el ámbito concreto de la economía, la empresa y la gestión -eso sí, adoptando para ello una suerte de metalenguaje que, yendo más allá de lo estrictamente técnico y causal, apunte hacia lo propositivo, tomando en consideración algunas de las claves éticas que aporta la Filosofía Moral y que, en última instancia, se anuda, en el límite, con los valores y el ámbito de lo axiológico.

Sin ánimo de exhaustividad y, por supuesto, sin tener que llevar a efecto una deducción sistemática -que requeriría un tono, un estilo y, sobre todo, como decíamos *supra*, un género literario distinto de aquel por el que hemos optado expresamente para redactar este capítulo-; digo que las tesis de partida podrían quedara formuladas en los siguientes términos:

1. El Estado tiene autoridad y poder suficiente como para limitar la capacidad de actuación y la libertad de maniobra de todos los agentes. Se entiende que lo

hace para conseguir con éxito poner en marcha medidas drásticas y excepcionales, a partir de las cuales tratar de ordenar la vida social y económica.

2. Esa legitimidad debiera estar siempre orientada al Bien Común y no a cualquier otro tipo de finalidades particulares o partidistas.

3. La distinción conceptual entre Estado y Sociedad, en circunstancias tan excepcionales como las que vivimos, es cada vez más evidente: no todo lo pueden -ni lo deben!- hacer las administraciones públicas ni los organismos estatales. De hecho, ha quedado patente la capacidad de la sociedad para responder con agilidad y solvencia ante situaciones críticas. Con ello, el Principio de Subsidiariedad se revela como elemento clave de una sociedad justa y eficiente.

4. Las Economía constituye un valor de gran peso y fuerza, pero no es tampoco el de mayor ponderación: a la base de todo está la propia Vida y la Salud, el *primum vivere*, parece imponerse como el más fuerte de los valores, al menos, en circunstancias como las que nos ha tocado vivir.

5. Por eso, la sensatez personal, la prudencia política y el sentido común piden de consuno, primero, atacar las causas que nos trajeron a esta lamentable circunstancia.

6. En paralelo, hay que poner los medios adecuados para evitar que persistan los riesgos para la salud y la vida. Las campañas de vacunación, con todo el cúmulo de despropósitos y de incoherencias con que se hubieron de instrumentar, tanto en España, cuanto en la Unión Europea en su conjunto, evidencian, una vez más la incompetencia institucional y la improvisación muy arriesgada.

7. Si la lealtad institucional pedía, en un primer momento, abstenerse de distraer la acción de coordinación ante la crisis, con ataques a la acción de gobierno, fundada en errores pasados, por obvios que resultaren, a la vista de cómo se actuó desde el gobierno, convendría velar para que las autoridades no tomen medidas injustas, ni desorbitadas, ni opacas, ni oportunistas.

8. Queda patente que, sobre todo en coyunturas tan críticas, se impone un control democrático por parte de los grupos de la oposición y de los medios; y un ejercicio de transparencia por parte del gobierno.

9. La justicia, en buena ley, habría de exigir algo que, por desgracia -con más sofismas y subterfugios de los que sería de desear- se nos ha escatimado. A saber: un verdadero ajuste de cuentas, tanto políticas, cuanto, en su caso, administrativas y penales, con respecto a las acciones perpetradas o a las omisiones, más o menos temerarias, que en su momento se hayan de valorar y enjuiciar.

10. Vamos a necesitar esforzarnos mucho para superar la situación -vital, anímica, económica, política, social- en la que hayamos de acabar quedando, una vez hayamos llevado a efecto el balance y seamos capaces de computar los daños.

11. Unos serán en pérdida de vidas humanas y, en este rubro, habrá que contabilizar con precisión el número de muertos producido para valorar convenientemente el asunto y, en su caso, sacar lecciones y tomar medidas que, de cara al futuro, impidan llegar a situaciones como la que vivimos. Por desgracia, parece que también en este asunto se está queriendo tratar de engañar a la ciudadanía. Con todo, el empeño no acabará de ser plenamente efectivo. Pues, las cuentas oficiales, que -muy seguramente- mienten, no habrán de ser creídas nunca, ni siquiera por quienes las cocinan ni por aquellos que más interés tienen en que el bulo ruede.

12. Otros daños tendrán que ser reflejados en términos económicos. Sólo a partir de datos precisos se podrá estimar con solvencia por dónde habrían de ir las medidas de política económica que hubieran, en primer término, de evitar una recesión tan excesivamente grave en su alcance y profundidad que pudiera acabar en una auténtica depresión, de la que acabaría costando mucho remontar.

13. Desde un plan económico bien estructurado -a ser posible, como pudiera, finalmente, acabar siendo el caso, a escala europea-, habría que implementar medidas técnicas que minimizaran el impacto de la recesión y que permitieran una recuperación de la actividad económica en el menor tiempo posible. Este objetivo, por desgracia, parece estar bien lejos de ser conseguido; al menos en el plazo medio. Y ello, pese a la hipertrofia de unas promesas inconsistentes entre sí, que cambian por días; y, al margen de una narrativa redundante y empalagosa que apela al *reset*, a lo verde, a lo digital, a los ODS y a *no dejar a nadie atrás* -¿por si acaso se enfada y, tirando de navaja, asesta una cuchillada al que va delante?, estaría uno tentado a preguntarse.

14. En todo caso, más allá de la contingencia y de lo fantasioso de lo que, finalmente, acaben queriendo vendernos como el mejor de los mundos posibles, los principios -tanto técnicos, cuanto morales- que deberían orientar cualquier medida de política económica extraordinaria se pueden reducir a los siguientes: eficiencia, justicia, sensatez, prudencia, transparencia, transparencia, transparencia y transparencia.

15. Las empresas, por su parte, habrán debido constatar en el marco de la excepcionalidad que la crisis del coronavirus supuso y aún sigue suponiendo, varias circunstancias, que imponen algunas consideraciones para encarar el futuro con mayor lucidez.

16. A este respecto, hay tres conceptos que emergen con fuerza y que la empresa y quienes las dirigen debieran considerar con buen criterio: la

colaboración, de una parte; la *mutua dependencia*, de otra; y finalmente, la *simbiosis*, la realidad convivencial en que se despliega la acción de la empresa con respecto a otros agentes e instituciones.

17. Sin colaboración *-cum laborare*: trabajar con otros-, no puede haber empresa. Sin empresa, la sociedad fracasa y las administraciones resultan inoperantes. Pero, a su vez, la empresa, depende de la colaboración externa y de la legitimidad que le otorgue una autoridad, a su vez, legítima. Y todos conviven, viven unos -junto a, con, para y de- los otros; y, en suma, sobreviven en común, de manera simbiótica.

18. La coyuntura que vamos a vivir los próximos tiempos, causada por la gran crisis económica que se avecina, constituye una buena oportunidad para sacar conclusiones respecto a las tesis que acabamos de sentar.

19. Ha debido quedar claro cómo la empresa forma parte de un entramado amplio que, estando fuera de ella misma -forman parte del entorno, *lato sensu*- es el que le da vida, el que le otorga viabilidad, el que le aporta la legitimación que le da carta de ciudadanía en el mercado, suministrándole, de paso, las condiciones que posibilitan su crecimiento y expansión.

20. Por lo demás, la empresa, constituye un *agente social*, desde la propia índole económica que ella representa, en sí misma considerada.

21. El *telos*, la razón profunda de ser, el *propósito* de la empresa, considerada como *agente económico*, da frente a dos realidades, que coinciden en apuntar, cada una por su lado, hacia la persona como clave de explicación y de justificación de la empresa en el mercado.

22. Los trabajadores y quienes, relacionados desde dentro o en órbitas propias de la institución, animan el organigrama y la estructura organizativa, son personas. Los clientes, socios, mediadores y distribuidores, proveedores... y competidores, son, al fin de la consideración, también personas.

23. Unos y otros tienen sus propias agendas y unas expectativas que configuran sus respectivos proyectos vitales. Un aspecto esencial de todo ello converge y se conecta con la realidad institucional que la empresa constituye.

24. La empresa, en consecuencia, es una realidad económica y social; que se halla enmarcada en un tejido institucional amplio. Dicho tejido es el que permite, facilita y favorece el desarrollo empresarial.

25. Al mismo tiempo, la empresa, con su mera existencia en un mercado libre y competitivo está contribuyendo de forma directa e inmediata en la articulación del contexto social, aportando con ello resiliencia al sistema.

26. La sociedad depende en gran medida de la calidad, la capacidad de innovación económica y social, así como de la solvencia de las empresas que

operan en su seno y que conforman el tejido industrial y de prestación de servicios a la propia sociedad.

27. En función de cuál sea en nivel de vitalidad y energía de las empresas, la propia sociedad será más o menos rica y munificente; y estará en condiciones, mejores o peores, a la hora de favorecer el crecimiento económico, el progreso y el bienestar social; y, en definitiva, la consecución del desarrollo de las personas y de los pueblos.

28. Pensando en cómo debiera situarse la empresa ante las nuevas realidades que se hayan de derivar de la situación que estamos padeciendo y con vistas a encarar la acción propia con mentalidad adecuada, lo primero que habría que hacer sería tomar la determinación firme y perseverante de luchar con fortaleza por sobrevivir, empeñándose en conseguir la viabilidad financiera.

29. Esta que vivimos constituye una ocasión privilegiada para replantearse aspectos clave que apuntan al corazón de la propia empresa. De un lado, el *modelo de negocio* en sí mismo. De otro, la manera más adecuada de organizar el trabajo. Por encima de todo, la forma en que se puede contribuir a la creación y a la aportación de valor en el grado máximo para la empresa, aportándolo para la sociedad en su conjunto.

30. La empresa no sólo debiera preocuparse por llevar a efecto transacciones de calidad; sino, sobre todo, por establecer relaciones poderosas que faciliten impactos significativos en el entorno y en el sistema, en aras de un futuro compartido, en el que los agentes contribuyan al cuidado mutuo, desde una apuesta por la sostenibilidad.

Tras las anteriores afirmaciones, dotadas -quisiera uno creer- de suficiente razonabilidad, es llegado el momento de dar un paso que trate de ir más allá de este marco -el famoso *framework*- teórico-conceptual. Ciertamente, aún nos habremos de mover por terrenos donde la abstracción resulta imprescindible.

Ni la ciencia económica ni los economistas están en condiciones de consultar un infalible oráculo del que haya de emanar una respuesta dotada de ningún tipo de exactitud indiscutible: entre otras cosas, no lo permite el objeto de estudio. La conducta humana, libre y consciente, cuando además se estudia agregada y se la constata condicionada por múltiples factores de toda índole -desde lo legal a lo tecnológico, por sólo citar algunos de ellos-; digo que la conducta humana resulta imprevisible por definición. Y si, *a fortiori*, habrá de serlo también la actividad económica, no es razonable -ni sensato, como diremos más adelante, en la coda de este capítulo- pensar que la Economía como ciencia vaya a resultar exacta. Puesto que *nemo dat quod non habet*, conformémonos con pedirle que nos ilumine el camino con la anticipación de algunos escenarios posibles y, hasta cierto punto, razonables.

3. Hacia una composición de lugar: escenarios y prospectivas

Una metáfora que juegue con el grafismo y la visualización de algunas de las letras del abecedario nos permitirá captar la incerteza a la que me refiero cuando digo que la Economía, como ciencia, tiene una peculiar exactitud -la *acribeya* a la que volveremos a mentar más adelante- que no le permite, ni mucho menos, considerarse una ciencia exacta; por más que, sin duda, sea susceptible de identificar regularidades recurrentes -e incluso legalidades- propia del ámbito de la causalidad en la que se mueve. Es un saber de causas y causalidades, más que de fines y de normas; pero, por otro lado, nunca podrá resultar exacta: podrá utilizar, sí, ciencias más o menos exactas - Matemáticas, Econometría, Estadística...-; será incluso posible modelar la dinámica económica con la ayuda de sofisticados algoritmos y de complejas redes neuronales, capaces de dar lugar a lo que se conoce como aprendizaje profundo -*deep learning*-; con todo, por más que el sistema se vea cebado con datos sobre datos y análisis de series cuasi infinitas, siempre quedará abierta la opción al enigma.

Estamos entrando en una crisis económica que, según todos los indicios y de acuerdo a las extrapolaciones más bien fundamentadas, parece que va a resultar grave y profunda. Ahora bien, como el mecanismo de los ciclos económicos es conocido, por recurrente; y dado que está desde hace tiempo ya suficientemente estudiado, no parece haber duda respecto a que, más pronto o más tarde, se remontará la crisis y se habrá de producir la ansiada recuperación.

Pero a partir de aquí, tras esta afirmación -más o menos gratuita, pero consistente- emergen nuevos problemas teóricos y dificultades prácticas. ¿Cuándo y cómo habrá de tener lugar la remontada? La pregunta es crucial y acertar a responderla equivaldría a dar con un diagnóstico correcto que, a la postre, podría marcar la diferencia entre una batería de medidas bien articulada y un conjunto de ocurrencias deslavazadas e ineficientes.

De todas maneras, nadie está en condiciones de acertar al ciento por ciento; sin perjuicio de que, por lo demás, siempre cabe el "*que las carga el diablo*" de lo que en la jerga del gremio de los estudiosos de la Economía se conoce como *profecías de auto cumplimiento*... donde, a fuerza de insistir, acaban confabulándose los astros para que acabe ocurriendo lo que, de otra manera, jamás hubiera tenido lugar.

Aceptemos en buena hora que, naturalmente, va a haber un rebote. Y aquí viene la grafía a que me refería en el arranque de este epígrafe. ¿Será un rebote *en uve*? Este constituiría, sin ningún género de dudas, el escenario más deseable: caería la actividad económica hasta un punto, pero, habiendo tocado fondo, subiría casi en vertical y en poco tiempo hasta alcanzar la misma altura que se tenía antes de producirse el deslizamiento hacia abajo. Ahora bien, nada garantiza que ese deseo haya convertirse en realidad

A lo mejor, lo que ocurre es que la recuperación va a tener que ser más lenta, vamos a tener que atravesar un tiempo más largo avanzando en el fondo del ciclo. Entonces, estaríamos hablando de un escenario de recuperación en forma de *u mayúscula*...

Tampoco sería del todo malo. Porque cabe anticipar situaciones peores: pensemos en *una jota invertida*. Esto es, una coyuntura en la que el Sísifo de la actividad económica, después de mucho esfuerzo, acaba llegando a un punto en el que se planta y deja la piedra a media ladera. La cota del palo corto de la jota invertida nos indicaría que ya no somos capaces de subir más y nos obligaría a reconocer, con impotencia, que no hemos sido capaces de ascender a los niveles en los que estábamos situados antes de la crisis.

Con todo, el peor de los escenarios, aquel contra el que hay que luchar a brazo partido, es el que dibujara una situación en *ele mayúscula*... Aquí sí que estaríamos en una situación desesperada: la crisis coyuntural habría acabado por convertirse en estructural... y eso son ya palabras mayores, porque el impacto económico acabaría deviniendo en un verdadero drama social del que pendería incluso la paz, la convivencia y la democracia.

En todo caso, en el horizonte se dibujan nubarrones muy negros, suenan truenos pavorosos y brillan los latigazos que amenazan con el fantasma de la depresión, que es, precisamente, lo que se debería tratar de evitar a toda costa. En esta situación tan crítica, como ya dijimos -y volvemos a insistir en ello- no cabe otra que la de hacer lo que esté en nuestras manos para tratar de evitar que se convierta en desesperada. Empresas, gobiernos, bancos y ciudadanos tendremos que confrontar la coyuntura con energía, con arrojo, con decisión, con acierto y, sobre todo, con voluntad de vencer. Las empresas, necesitarán libertad de acción y capacidad de ejecución.

Por ello, los gobiernos deberían encauzar, ayudar, estimular, velar... pero no estorbar. Lo que se pide va a resultar ser un equilibrio inestable y precario, pero, absolutamente imprescindible. El *principio de no-maleficencia* tiene un pedigrí que para sí quisieran otros: viene nada menos que del Juramento de Hipócrates, aquel médico griego nacido en la isla Cos a caballo entre los siglos V y IV antes de Cristo. Y vertido al latín, queda formulado en los siguientes términos: *Primum non nocere*. Que, entre nosotros prescribe que “ante todo, no dañar”... Decía, con buen criterio, Hipócrates, que antes de hacer el bien, había que preocuparse por no hacer el mal. En su caso, por no dañar... innecesariamente. ¡No sería poco si los que hayan de tomar decisiones se tentaran la ropa y se preocuparan por no hacer más daño del estrictamente necesario! Así, con un poco de suerte, harían lo que debieran: cebar la bomba y quitarse de en medio. Estimular e incentivar la creatividad de los empresarios y aplicarse de manera vicariante y *subsidiaria* sin buscar el indeseable protagonismo al que nos abocaría a plazo medio un intervencionismo excesivo e inoperante.

Como de lo que se trata es de sentar bases sólidas a partir de las cuales reconstruir la economía -y, con ella, el bienestar social, el progreso del país y el desarrollo de las personas-, las empresas, por su parte, al menos por el momento, harían muy bien en aparcar un tanto su energía competitiva y encauzarla hacia tareas de cooperación, tanto intersectorial, cuanto con otros ramos y las propias administraciones públicas. No olvidemos que se trata de evitar la depresión y, con ello, garantizar valores de gran relevancia la paz social, la convivencia y la democracia.

4. Lecciones para una empresa responsable y una economía sostenible

Una buena gestión empresarial, suficientemente mantenida a lo largo del tiempo, tiende a generar en la cultura organizativa, al menos, tres rasgos clave. Cuando aquellos elementos se presentan en grado suficientemente destacado, la empresa que los exhibe suele ser percibida como *excelente* y, en consecuencia, pasa a formar parte del selecto club de organizaciones que sirve a las demás de *benchmark* y modelo en el que inspirarse en busca de buenas prácticas.

La primera característica, tiene que ver con los *resultados económico-financieros* del ejercicio. En efecto, una buena gestión empresarial suele ser causa de resultados económicos positivos; tiende a saldarse con beneficios más o menos elevados y estratégicamente sostenibles.

En segundo término, está el valor intangible de la *reputación*, con todo lo que ello trae aparejado en términos de marca, de atractividad y de valor comercial. Una empresa excelente es percibida como tal por muchos agentes. De una parte, están los clientes que deciden serle fieles adquiriendo los productos o utilizando los servicios que aquella ofrece. Suele también atraer el talento de trabajadores potenciales que aspiran a – y a veces, sueñan con- llegar a trabajar para una firma tan reputada. La admiración sube de nivel cuando los propios empleados hacen manifiesto su orgullo de pertenencia o declaran expresamente su compromiso con la empresa en la que trabajan y en la que, además del sueldo, suelen encontrar ocasión para desarrollarse como profesionales y de crecer como personas.

Ahora bien, nada de lo anterior se improvisa ni es mero fruto de la casualidad. Al contrario: para llevar a efecto una buena gestión de empresas y organizaciones es condición necesaria que quienes las dirigen *quieran* hacerlo; *sepan* cómo llevarlo a cabo; y, sobre todo, *actúen*. Es decir, decidan poner manos a la obra con voluntad firme y perseverancia en el empeño.

En primer lugar, deben tener muy claro cuál es la *misión*, el *propósito organizativo* que da sentido al proyecto de empresa; en segundo término, deben saber discernir con agudeza cuáles debieran ser las claves de su *modelo de negocio* y ponerlas a funcionar.

Ahora bien, junto a unos *requerimientos técnicos* indispensables -*conditio sine que non* para un ejercicio profesional mínimamente exitoso-, para dirigir desde la *excelencia*, se necesita desarrollar, cuando menos, *otras dos características* complementarias entre sí. Una, eminentemente práctica; y otra teórica que, en el límite, acaba convirtiéndose a su vez en práctica, iluminando y favoreciendo una toma de decisiones bien fundamentada: la primera apunta de manera más inmediata a la moralidad personal del empresario o del directivo y enlaza con la *Ética de la Virtud*. La otra va orientada primordialmente a la *Lógica* y, como decimos, aunque tiene un sesgo inmediato más conectado con el pensamiento, con la teoría, con la *Filosofía de la Empresa y la Gestión*, acaba desembocando, como por cadencia natural, una vez más, en la práctica... en la captación del valor económico en todo su amplio despliegue que, en el límite, conecta con la *Ética*.

Por un lado, es muy conveniente contar con unos determinados *rasgos de carácter*. Como toda virtud, los rasgos -ya sea de la personalidad, ya de la cultura- se adquieren a base de repetir determinadas conductas, de manera consciente y voluntaria. La repetición de comportamientos terminará cristalizando en hábitos que, en conjunto, configuran a cada sujeto, al modo de una segunda naturaleza adquirida. Entre aquellos rasgos de carácter imprescindibles para un ejercicio excelente de la profesión de administrador de empresas y organizaciones no puede faltar un cierto estilo de *liderazgo basado en la ejemplaridad* que la virtud irradia. Tampoco, por supuesto, puede faltar, cuando menos, la dosis mínima de *inteligencia emocional* que asegure la empatía, indispensable en cualquier proyecto que, como ocurre en el ámbito empresarial, para ser logrado, requiera de una cooperación abierta y generosa por parte de otras personas.

Con ser lo que va dicho de vital importancia, no menos determinante resulta el momento *epistemológico* que haya de construir el mapa mental desde el que captar el fin último, el *telos*, la razón profunda de ser de la empresa concreta, en el concierto social determinado en el que aquella se inserta. Esta cuestión *teleológica*, que busca respuesta a la pregunta acerca del *propósito* empresarial, enlaza con la identificación del propósito al que aludíamos *supra*, y con la *misión* organizativa; y contribuye de forma coherente a perfilar una *visión* atractiva que se complementa -en la jerga de la *Estrategia* empresarial, con una expresa apelación a los Valores. Desde ellos, se supone, parece razonable esperar el diseño de una estrategia retadora, ilusionante y sostenible.

Estas claves teóricas, como digo, resultan fronterizas con la *Lógica* y, en todo caso, se ven ubicadas en el terreno propio de la *Filosofía de la Empresa y la Gestión*. Por lo demás, enraizándose en el marco que conforman aquellas ideas, habrán de encontrar acomodo, suelo firme y alineamiento los *Valores* por los que la empresa opta *de facto* en el día a día. Estos, a su vez, contribuyen a la construcción, al despliegue, al mantenimiento y a la consolidación de una sólida *cultura corporativa*. Desde ella se verá favorecida la socialización responsable y una integración madura de las personas en el proyecto que la empresa en cuestión constituye. Por lo demás, al verse con ello minorados los *costes de coordinación*, la energía disponible en el marco organizativo podrá canalizarse hacia proyectos de innovación, en un proceso continuo de mejora constante tanto en productos, cuanto servicios o procesos de la más variada índole.

Por consiguiente, contar con un marco teórico bien articulado y robusto -un auténtico *paradigma de empresa*- viene a constituirse en una condición de posibilidad para llevar a efecto una buena gestión empresarial. Ésta debiera situarse más allá de la búsqueda del éxito del negocio a corto plazo, y orientar sus objetivos hacia un alcance temporal más largo, aspirando a la sostenibilidad de los procesos, desde una apuesta explícita por los valores, *en busca de la excelencia* en la empresa y la gestión.

Todo lo que va dicho es pura *Estrategia Organizativa*, conectada de manera inmediata con la *Ética Empresarial*. Ahora bien, al fondo de todo ello, sirviéndole de *principio y fundamento*, es posible identificar una especie de *Ontología de la Empresa* como institución socioeconómica. En efecto, la empresa, como institución económica y social,

se explica desde aquella suerte de *imperativo cultural* que exige a las sociedades humanas organizarse para dar respuesta a la dimensión económica de la vida. Pues, en efecto, todo grupo humano estable se ve en la necesidad de producir bienes de manera eficiente y distribuirlos desde criterios que contemplen requisitos de equidad. Con ello se estarían satisfaciendo necesidades humanas más o menos básicas y, en su caso, los deseos más sofisticados de aquellos que tienen solvencia económica suficiente para convertir una necesidad en algo mucho más concreto, una demanda al mercado.

Y todo ello, en definitiva, responde a *claves antropológicas* muy profundas, que, entre otras cosas, ubican la *dimensión económica* y el *desarrollo tecnológico* junto a la *naturaleza social* del ser humano; y la *dimensión moral* de la vida, al lado de la capacidad lingüística, lógica y argumentativa que favorece el despliegue de la vida del *Espíritu*; y desde ella, el avance cultural y el desarrollo político. Pues bien, un paradigma de empresa capaz de servir de base a una gestión estratégicamente competitiva, sostenible y exitosa podría quedar delineado por referencia a los elementos que enunciarnos a continuación, en línea con lo que venimos afirmando en los párrafos anteriores.

La *empresa como creación cultural* humana es una organización económica y social ubicua y polimórfica, presente en todos los contextos históricos y reconocible en todos los lugares, bajo las más variadas configuraciones, en función de los sectores de actividad, el desarrollo de la tecnología o los requerimientos institucionales, jurídicos u organizativos. En definitiva, el dato cultural que la empresa constituye responde a la peculiar *idiosincrasia antropológica* que nos presenta al ser humano como un animal de carencias, viable sólo en un entorno social, obligado a dar respuesta a la *dimensión económica de la vida*.

Produciendo y distribuyendo bienes o prestando servicios -aunque sea con ánimo de lucro inmediato-, la empresa está, al propio tiempo, contribuyendo al *Bien Común*. En este sentido, cabe afirmar que la empresa -siendo tal y sin dejar de serlo; actuando de manera eficiente-, ya constituye un elemento que merece ser valorado positivamente desde el punto de vista de la *Ética* social y económica. La *responsabilidad social empresarial* es, pues, algo muy básico, y está presente en la índole más esencial del fenómeno empresa. Diríase que la actividad a favor de la sociedad se halla, *in nuce*, esperando a ser perfilada y puesta en funcionamiento explícito, mediante una estrategia bien diseñada y una gestión que la haga tangible en las políticas y las prácticas del día a día.

La empresa, desde el punto de vista económico, trata de satisfacer los intereses de los sujetos que con ella se relacionan que, naturalmente, van más allá de los de sus propietarios. Una gestión sostenible y a la altura de los tiempos requiere una exquisita atención a las expectativas de los diversos agentes implicados, con vistas a tratar de dar respuesta a muy variados grupos de interés: por supuesto, entre ellos están sus dueños o accionistas; pero, con igual legitimidad -y, a veces, incluso, con mayor urgencia y con un poder no menor-, están también los trabajadores, los clientes, los distribuidores y suministradores, los competidores, los bancos financiadores, las Administraciones Públicas y el resto de los denominados *Stakeholders*.

Atender de manera suficiente la agenda de estos grupos de interesados es, pues, *condición de posibilidad* indispensable para una gestión exitosa y la posibilidad del mantenimiento de la empresa en el mercado a plazo largo. Ahora bien, no resulta sencillo ni automático encontrar la clave que garantice el éxito en la gestión. De todas maneras, merecerá la pena siempre entrenar la habilidad para el diagnóstico que dé cuenta de la variabilidad y del dinamismo de la estructura y la constelación de los *Stakeholders*.

5. A modo de coda y en favor de la *Axiología*

Baste lo dicho en referencia a aspectos concretos de índole política, económica y especialmente, de gestión empresarial. Con todo, quisiera cerrar el círculo de estas ideas, enlazando con el principio, enmarcando lo dicho en unas consideraciones de mayor radio conceptual, apuntando a algunas consideraciones de tipo ético-axiológico. Sin entrar a desarrollar por menudo ninguna de las afirmaciones que vayan a seguir a continuación, de manera sumaria, quisiera dejar sentado lo siguiente:

Que el mundo es muy pequeño y el destino de la humanidad, unitario, holístico y conectado a la viabilidad de los procesos naturales propios de la biosfera. Por ello, parece que no hay salvación si decidimos aislarnos y desentendernos los unos de los otros; lo mismo que tampoco la habrá si persistimos en errores crasos en el modo de organizar nuestra convivencia, gestionar las diferencias y transgredir los límites planetarios, esquilmando unos recursos limitados, muchos de ellos no renovables, pero que habrían de servir para atender de manera eficiente a las necesidades de todas las personas; y no sólo de algunas privilegiadas.

Siendo ello así, el doble corolario de lo que va dicho es que, de una parte, los muros y los linderos, no tienen mucha razón de ser, en realidad. De hecho, poco significan cuando una pandemia -o cualquiera de las variaciones sobre el tema que se nos quiera aducir: cuando una fuga radiactiva, un desastre nuclear, un problema medioambiental...-, cuando algo de ese calibre tiene lugar. Las fronteras sirven, a este respecto, para muy poco... más allá de para delimitar los territorios en los mapas de geografía política.

Por otro lado, al margen de las demasías y sobreactuaciones que se quieran suponer - sin duda, las hay- por parte de tantos *profetas de calamidades* ambientalistas, lo cierto es que tampoco resulta prudente no tomar en serio el hecho cierto de que no es razonable consumir recursos no renovables sin control alguno; ni atentar de múltiples formas contra los equilibrios ecológicos; así como no captar la conexión palmaria entre algunos de los grandes desafíos con que la humanidad se está teniendo que enfrentar y aún lo habrá de hacer en mayor medida en el inmediato futuro.

El ámbito de lo económico, el de lo social y el marco ecológico están imbricados y retroalimentan tendencias, a favor de lo humano o en contra de ello. Si bien es cierto que cada una de aquellas esferas pueden -y, en muchos supuestos- deben conocer

aproximaciones conceptuales distintas y tratamientos metodológicos diversos -unos de cariz científico, habida cuenta del tipo de fenómenos con que se enfrentan y de las relaciones causales y mecánicas que les son propias; otros abordajes requieren vías más en línea con *la deliberación* para diseñar propuestas innovadoras y modos alternativos y creativos de convivencia entre las personas, desde el respeto que merece *una creación* de la que somos más administradores y custodios, que meros aprovechados esquiladores de simples recursos naturales.

En consecuencia, cabe preguntarse si no habrá llegado ya el momento de empezar a considerar la posibilidad, remota aún, de sentar una organización a escala mundial mejor, es decir, más justa y sostenible, más humana. A mí me parece que sí.

Veremos a ver si nos decidimos, entre todos, a ello: a hacer que sea posible un modo nuevo y más sensato de organizarnos como especie -humana y, por ello, vulnerable, como a la vista está-; en un mundo finito y ya demasiado herido... Un modo mejorado de convivencia, donde se apueste de manera decidida por *vivir Valores*; una forma de conducirse en la que se subraye la ética y la aspiración a conseguir una Vida Buena. Donde se coloquen los poderes en su sitio justo, en el que deberían de acabar quedando bien embridados; para, con ello, lograr que los poderosos y, de manera especial, las empresas de mayor poderío acaben situándose, definitivamente, al *servicio* de la gente y del Bien Común; y el dinero, acabe fungiendo de servidor y no de amo.

¿Cómo hacerlo? ¿De qué manera cabría ir -aunque fuera poco a poco y con sumo tiento- institucionalizando una, si no *Arcadia* nueva, cuando menos un mundo mejor que el que tenemos? No hay receta. Lo único seguro es que, las cosas hay que soñarlas y buscarlas con decisión, porque *ellas solas no se suelen hacer* al modo que nos gustaría que acabaran siendo. Por lo demás, parece también obvio que no van a bajar ni Zeus Olímpico, ni Dios Padre a resolvernos el problema y a sacarnos las castañas del fuego. Es tarea humana -*menshliches, allzumenschliches*- y tendremos que ser los hombres -y, como se dice ahora, aunque resulte un, si es no es, redundante- también las mujeres, en cada tiempo y lugar, quienes nos hayamos de poner manos a la obra. Y, en todo caso, con que hagamos lo que podamos, ya habremos hecho algo... que, por poco que sea, siempre será más que nada.

Porque, otra cosa que ha debido quedar clara tras la pandemia es que aquella especie de *fantasía delirante de omnipotencia tecnológica*, con la que tantos se llenaban la boca pregonando que estábamos a punto de *matar a la muerte*, también ha recibido una salutífera cura de humildad. A esto lo he rotulado yo en otro lugar como “el curioso y aleccionador cuento de la Atanasia”. *Atanasia, Atanasia...* No *eutanasia*: que *eu*, en griego, está por “bueno-a” -de ahí, *eu-angellion*, evangelio, buena noticia; y también *eu-thanasia*-; digo que no me estoy queriendo referir a la milonga de la *eutanasia* -a la que algunos ahora, dizque denominan *muerte digna* (i) ¡ya, ya!-, sino al *curioso y aleccionador mito* -o sea, el cuento: *o mitos deloi oti*, de Esopo- de la *Atanasia*. Que aquí, la *alfa privativa*, está por el *In* -tanto nuestro, cuanto latino- y cambia del todo el cantar. Ahora, pasando del *eu* a la *a*, es la *in-mortalidad* lo que se

vende y pregona... al modo como tradicionalmente se ha venido loando y suplicando piedad con el himno del *Trisagion* al Dios -santo, fuerte e inmortal-: *Agios o theos, agios isjiros, agios athanatos... Eleison imas...*

Ahora bien, la realidad, en este sentido, nos sorprendió y, muy probablemente nos vaya a volver a sorprender -y, a no tardar- en el futuro. ¿Y si miráramos la situación vivida como un ensayo general para nuevos escenarios a los que -probablemente, y más bien pronto que tarde-, tuviéramos que enfrentarnos en el futuro como especie humana en su conjunto?

Estamos a tiempo y es el momento: mejor *kairós*, imposible. Apostemos por lo mejor que tenemos como especie humana; a saber: la libertad, la hermandad, la solidaridad, el respeto, la ética, en suma. Y, como cumbre y tarea, conectada a lo más genuino de nuestro espíritu, empeñémonos en desarrollar en el grado más alto que nos resulte posible la capacidad que tenemos para *captar los valores* y la posibilidad que nos asiste para *tratar de vivirlos a conciencia*. Pues, aunque nuestra opción axiológica y nuestros resultados siempre hayan de ser parciales e insuficientes -al tiempo que se nos despliegan en un proceso sujeto a regresiones y amenazado con caídas en los distintos tipos de disvalor-, siempre merecerá la pena empeñarse por la colosal tarea de intentarlo, cuando menos.

Por eso, si atendemos a aquel dicho de que *nihil volitum nisi cogitatum* -que nos recuerda que *no se puede querer lo que no se conoce*-, el primer paso para sentar cimientos sólidos es este proceso vital, debería ser el de *acercarse al estudio de los valores*, con liberalidad y buen sistema.

Es una verdadera lástima que la *Filosofía de los Valores* -a la que empecé haciendo referencia en el arranque de este texto; y que tan vigorosa florecía hace aproximadamente un siglo- haya sido eclipsada por otras corrientes y modas, de diversa laya y sustancia, muchas de las cuales en poco -si es que en algo lo pueden hacer-; digo que en poco habrán de contribuir a ayudarnos en el noble arte de tratar de *vivir una vida digna del hombre* y de lo que, como ya dejé también dicho más arriba, la humanidad está, no sólo capacitada, sino incluso destinada a conseguir: *vivir una vida* que pueda ser considerada como *plenamente humana*.

Sin que tengamos reparos en admitir la existencia de cierto triunfalismo ingenuo de parte de una *Metafísica* moderna, tal vez excesivamente pretenciosa, no por ello debemos de dejar de anotar como contrapartida las consecuencias a que nos está llevando un modo de filosofar que, habiendo empezado, al decir poderoso de Nietzsche, a martillazos, -*Crepúsculo de los ídolos: o cómo se filosofa con el martillo*- ha acabado recalando en un *pensamiento débil*, tan *avattimado* y postmoderno, que la Filosofía que de él se destila corre el peligro de acabar *volviéndose loca*; y, en consecuencia, prescindible, a fuer de irrelevancia y diletantismo.

Por fortuna, ya quedó anticipado *supra*, un pensar recio y sistemático como el que anida en la *Filosofía de los Valores* -especialmente, en la versión que de ella nos presenta José M^a Méndez- constituye un excelente antídoto frente a cualquier *variatio*

sobre aquel *pensiero débole*... Porque, en efecto, parece como que se identificaran dos aspiraciones opuestas por el diámetro, pero convergentes, en suma, en desatender y desentenderse de lo más genuinamente propio del ser humano: unos quieren asimilar el hombre a lo zoológico; apelan a la impertinencia del *antropocentrismo*; y apuestan por el *ecocentrismo*, el *animalismo*, el *biocentrismo*... (Excepto, se supone, a la hora de matar virus del COVID). Otros, *a sensu contrario*, sueñan y predicán el *post humanismo* y lo *supra humano*... como lo que debe ser. Uno, curado ya de varios espantos y con el resabio derivado de haber estudiado algo de *Lógica* y de estar avezado a moverse con cierta desenvoltura por el fascinante mundo de la Axiología, se pregunta si se tratará de alguna versión hodierna del *Übermensch* -y ya conocemos la leche que da esa vaca- o si, por el contrario, constituirá no más que la pantalla ideológica, en el sentido indicado al principio de estas páginas, a *mayor gloria* de los *frikis* de Palo Alto y de los gigantes tecnológicos de la GAFa y asimilados?

El caso es alejarse como el diablo del agua bendita de lo humano y del humanismo. De la concepción del hombre como ser perfectible, capaz de vivir los Valores; y de hacerlo de manera procesual, a partir del sustrato de *vida biológica*; un ser, por lo demás, factor de sí mismo y constructor de su *vida biográfica*; un ser, en definitiva, abocada a un fin, también natural -*la muerte*- que, al decir de la tradición en la que me inserto y creo, "*no es el final del camino*", ni *el acabose*... sino, más bien, la puerta de entrada a *una nueva vida* -ésta ya, ni meramente biológica, ni siquiera biográfica, pues el *tiempo* concedido, *que ni vuelve ni tropieza*, se habrá terminado; sino una vida *cualitativamente otra*, en un cielo nuevo y una tierra nueva.

"¿Será así? ¡Demuéstramelo!", podría decirme alguno. Y, de nuevo, habría yo de reiterarle lo que ya comprendiera Aristóteles con total lucidez hace casi veinticinco siglos: que no cabe buscar el rigor por igual en todos los razonamientos; que tan fuera de lugar está pedirle a un retórico que demuestre, como a un geómetra que exhorte; y que es propio del hombre sensato, contentarse con la exactitud que cada ámbito de la realidad está en condiciones de ofrecer. O, dicho a lo castizo, que *cada toro tiene su lidia*; y que, en función de los encastes, los resabios y las querencias de cada animal, tendrá el lidiador que instrumentar la faena.

Para cerrar estas consideraciones formularé una variación de las famosas tres preguntas kantianas -que luego resulta que, cuando parecen ser cuatro, resulta que se resumen en una-. Mi formulación es ésta: *¿qué nos cabría intentar hacer para aportar, junto con algo de luz, algún criterio teórico suficiente para orientar la praxis humana en un contexto tan complejo y convulso?*

La respuesta que dejo abocetada en forma de tesis -que habré de desarrollar en otro momento- es doble: de una parte, debiéramos tratar de mantener una actitud crítica y empeñarnos en construir un pensamiento robusto y sistemático. De otra parte, sería conveniente dar cabida con sano eclecticismo a ideas e intuiciones de quienes tengan puntos de vista aprovechables: quien no está en contra, está a favor. Y desde el punto de vista contrario, habría que dejar de perder el tiempo; y evitar a quienes se entretienen en la esgrima dialéctica y -o bien carecen de razón o tal vez la utilizan

como mero pasatiempo- y practican el trivial juego de fungir de sofistas y de *enfants terribles*. Para esto segundo, conviene recordar el consejo de Aristóteles -y con ello cierro el primer círculo-, cuando nos aconsejaba lo de que *no conviene ni es bueno discutir con cualquiera*. Él decía que nadie en su sano juicio disputaría ni con niños ni con locos... ¡Y cuanta *Filosofía loca* se publica y publicita... *en el día de hoy*, desde el polo del *animalismo ecocentrado* a la *singularidad posthumanista*!

Para lo primero, esto es, para estructurar un pensamiento robusto, capaz de suministrar criterios de discernimiento, de sugerir principios de reflexión y, sobre todo, de aportar orientaciones para la acción, vivamente recomiendo el estudio sistemático de la Axiología. Se necesita para ello, entre otras cosas, de una mente abierta, capaz ante todo, de habérselas con la posibilidad de una epistemología que, curada del sarampión positivista, pueda dar cabida a la viabilidad de una intuición intelectual de los valores como realidades objetivas *aliquo modo*. Un pensamiento que sepa aprovechar la línea hermenéutica y que trate de explotar las posibilidades que anidan en la analogía, sobre todo, cuando se la combina con el rigor que la *Lógica* aporta al buen razonar.

Por dejar indicadas tareas concretas al respecto que nos ocupa, quien estuviere interesado en discurrir por las sendas que van dichas, haría muy bien en estudiar con sosiego las obras más reputadas del quinteto ofensivo que ya hemos identificado: Scheler, Hartmann, von Hildebrand, Frondizi y Méndez. ¡Sobre todo, Méndez! Es un extraordinario punto de partida para un filosofar a la altura de los tiempos.

De ese hontanar, luego, cabe extraer muy pertinentes aplicaciones para los más variados ámbitos en los que se despliega la acción humana. Yo, por mi parte, como se ha visto en el cuerpo central del texto, suelo tener que lidiar el toro del razonar en los terrenos de la Economía, de la empresa y de la gestión. Pero, de igual forma, cabe sacar mucho partido de la *Axiología* en cualquier esfera de la realidad con la que hayamos de ocuparnos.

Los Molinos, 23 de mayo de 2021.

Domingo de Pentecostés.